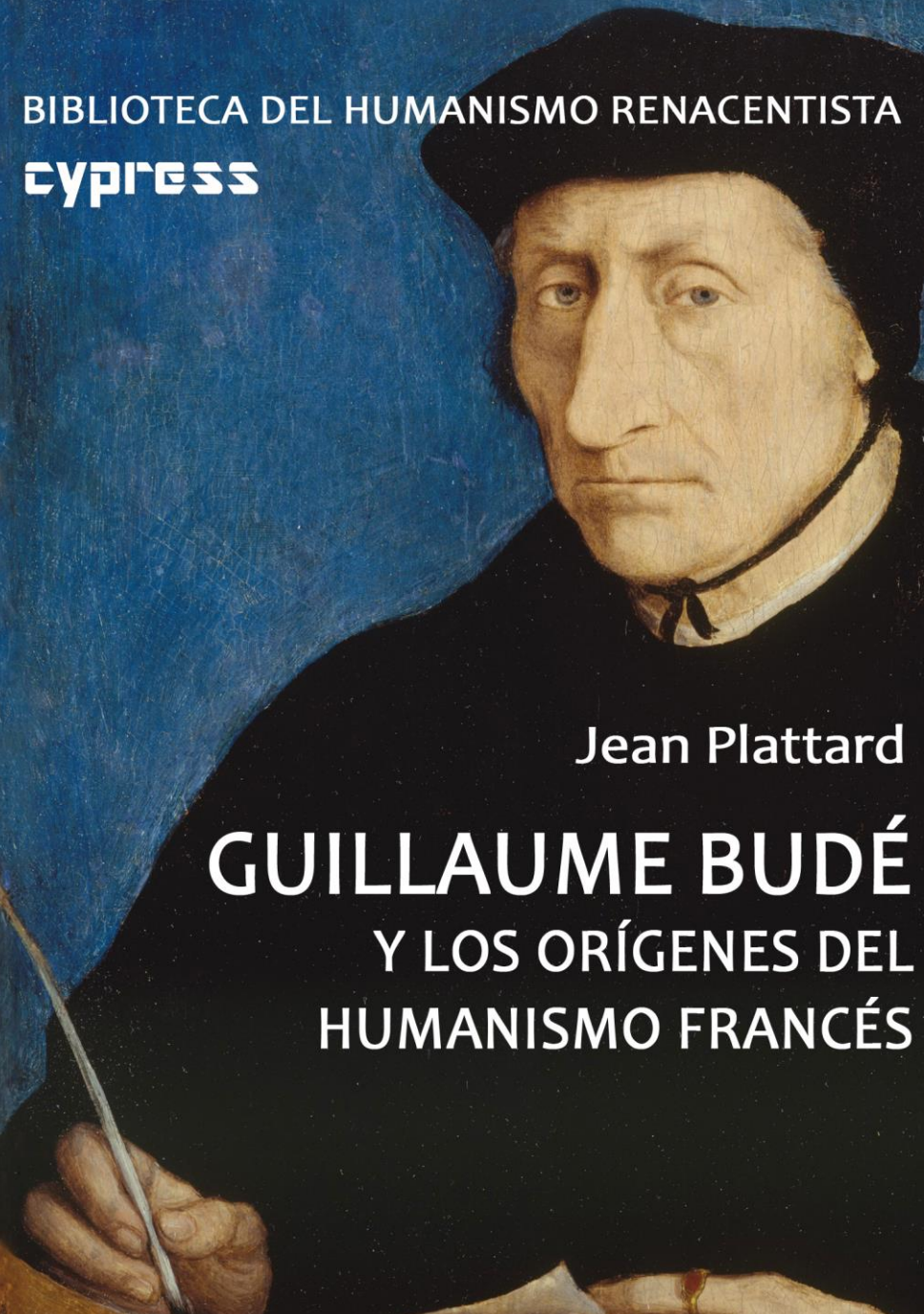
BIBLIOTECA DEL HUMANISMO RENACENTISTA

cypress



Jean Plattard

GUILLAUME BUDÉ

Y LOS ORÍGENES DEL HUMANISMO FRANCÉS

Jean Plattard

GUILLAUME BUDÉ Y LOS ORÍGENES DEL HUMANISMO FRANCÉS

Traducción de José Luis Trullo

cypress CULTURA

Una iniciativa de Cypress Cultura
http://www.cypress.com.es

© de la traducción, José Luis Trullo
© de esta edición, Cypress Cultura

ISBN: 979-13-87504-30-4

Publicado bajo licencia Creative Commons
Cualquier uso comercial de este libro será denunciado

GVILIELMVS BVDÆVS. PARISIENSIS.

Romanæ & Græcæ qui ſignet pondera libræ,
Budæo nemo eſt plenior aut melior.
Qui Furis ſoluat nodos monumentaque linguæ
Cecropiæ oſtendat plurima nemo prior.

ÍNDICE

1. El humanismo en Francia hacia 1500, 15
2. Las primeras publicaciones de Budé, 19
3. Budé, jurista humanista, 21
4. Un libro de investigación científica: *De asse*, 28
5. Budé, celador de la filología, 33
6. Fundación del Colegio de Francia, 37
7. Los *Comentarios sobre la lengua griega*, 41
8. Los últimos años, 42
9. Guillaume Budé y el humanismo francés, 45

JEAN PLATTARD
Professeur à la Faculté des Lettres de Poitiers

GUILLAUME BUDÉ

(1468-1540)

ET

LES ORIGINES

DE L'HUMANISME FRANÇAIS

PARIS
SOCIÉTÉ D'ÉDITION « *LES BELLES LETTRES* »
157, BOULEVARD SAINT-GERMAIN

1923

Tous droits réservés.

Guillaume Budé nació en París el 26 de enero de 1468. Fue el cuarto de los dieciocho hijos de Jean Budé, auditor mayor de la cancillería real. Su familia entroncaba con diversos oficiales de finanzas, tesoreros y contables. El acceso al saber se contaba entre los privilegios propios de los altos funcionarios de la corona: Jean Budé poseía una amplia biblioteca, donde había espacio incluso para los libros de medicina. Se esmeraban también en emular las maneras de la nobleza de espada. Los Budé había adquirido tierras nobles, las señorías de Villiers-sur-Marne, de Yerres y de Marly-la-Ville, en los alrededores de París. La juventud de Guillaume Budé estuvo presidida por las ocupaciones y diversiones propias de los gentilhombres.

Después de unos años de estudios mediocres, fue enviado a la Universidad de Orleans para cursar derecho. No existía por aquel entonces una facultad de leyes, es decir, formación en derecho civil, en la Universidad de París, de mane-

ra que los hijos de familias pudientes que deseaban cursar dichos estudios debían dirigirse a Orleans. Los alumnos de esta universidad eran famosos por su destreza en el juego de palma, una especie de frontón, y su pasión por los bailes. Uno puede imaginarse perfectamente al joven Budé como ese licenciado orleansiano que describió Rabelais en el capítulo quinto de *Pantagruel* "con pelotas en bragueta... danza baja en el talón", pues él mismo confesó que su estancia en la universidad fueron unas vacaciones de tres años.

De vuelta con su familia, le cogió el gusto a placeres más nobles como la escudería, la montería, la equitación y la caza con halcón. Él mismo admite haber participado en partidas de montería, encabezándolas personalmente, así como de entregarse de manera cotidiana a las charlas acerca de perros, aves y caballos, los temas que preocupaban a los gentilhombres de la época. Más tarde, se las apañó para colar en una obra latina en elogio de la filología un pequeño tratado sobre montería tan rico en datos técnicos, que el rey Carlos IX, un gran amante de la caza, lo hizo traducir al francés.

Muy pronto, a la edad de veintitrés años, Guillaume Budé renunció a estas diversiones frívolas para consagrarse a los estudios de derecho, retomándolos por su cuenta, en la soledad de su gabinete, sin maestros. Su padre le animó: una buena formación jurídica constituía una garantía de éxito seguro para acceder a cargos y empleos estatales, en los cuales los Budé habían hallado acomodo durante tres generaciones seguidas. Sin embargo, pronto el auditor encontró motivos de alarma: el joven Guillaume se aventuraba más allá del círculo estricto de las ciencias jurídicas útiles. Desdeñando toda preocupación por su futuro, se entregó a la lectura de los autores griegos y latinos, pues le agradaba el estudio de lo que pronto iba a recibir el nombre de "humanidades".

1. El humanismo en Francia hacia 1500

Humaniores litterae, disciplinae humaniores, artes humanitatis, son expresiones que se incorporaron a las letras francesas hacia finales del siglo XV, en referencia en esa época a las letras antiguas: historia, filosofía, elocuencia y poesía, como conjunto de disciplinas distinta a la filosofía escolástica. Las "humanidades" apelaban, en su origen, a la cultura laica, heredera de la pagana y en cuanto opuesta a la teología. Aunque nunca habían sido abandonadas por completo, los sabios del Renacimiento se complacían en afirmar que durante la Edad Media "las letras habían caído en el olvido por culpa de los godos". Lo cierto es que nunca habían faltado espíritus refinados que sabían apreciar las obras de la Antigüedad y que trataron, a veces con cierto éxito, de imitar su belleza. Es el caso, en el siglo XII, de Juan de Salisbury, obispo de Chartres, y de Abelardo, quien cita con soltura a Virgilio, Horacio, Ovidio, Cicerón o Séneca, "propter eloquii venustatem et membrorum pulchritudinem", como diría San Bernardo. A finales del siglo XIV, por su parte, los maestros de la Universidad de París, Jean d'Ailly, Jean Gerson (quien, en sus discursos, aspiraba a ajustarse a las "ense-

ñanzas de Tulio [Cicerón] en su retórica"), Nicolás de Clamenges (otro admirador del arpinate) o Jean de Montreuil, que rendía culto a Terencio y Cicerón, recorrieron la misma senda.

Aun así, los amantes de las letras antiguas eran, en aquella época, casos aislados y sin influencia. La cultura literaria, por lo demás, estaba lejos de constituir su principal preocupación. La filosofía escolástica y la teología reinaban de manera absoluta en los debates, rechazando toda curiosidad extraña a ellas y obstaculizando el desarrollo de cualquier disciplina novedosa. De haber dejado de remitir toda actividad intelectual a la teología, la Universidad de París habría faltado a su misión. El "studium parisiense" ocupaba, en la mente de los papas del siglo XIII, sus fundadores y protectores, el hogar desde el cual la verdad religiosa se proyectaría sobre el mundo. Y, aun así, fue en este centro de estudios escolásticos donde nacería y se desarrollaría, en la época en que Budé era joven, ese gusto por la cultura que constituye el rasgo principal del Renacimiento. A lo largo del siglo XV, los profesores parisinos que tuvieron ocasión de visitar Italia durante sus misiones diplomáticas o religiosas, experimentaron una viva sorpresa y una enorme

humillación al comparar Florencia y Roma con París. En esas ciudades los letrados trataban de expresarse en un buen latín, rivalizando en elegancia con Cicerón, investigando los entresijos de la poesía latina o incluso aventurándose a leer en griego. Por su parte, en París la universidad, que durante mucho tiempo había sido considerada como "la nodriza de los estudios", no se preocupaba de leer a los autores grecolatinos, ni siquiera a los Padres de la Iglesia, confinándose en la filosofía escolástica, que empleaba una jerigonza bárbara: sus únicas materias de interés eran las cuestiones de lógica, los "exponibles" y los "insolubles", en una estéril sofística. ¿Es que no había en la escolástica el menor interés por ponderar las virtudes de un buen estilo latino? ¿La filosofía cristiana –la Verdad– debía, entonces, mostrarse más pobre en bellezas que la filosofía pagana?

De estas ideas, y del ejemplo que brindaba Italia, proceden sus primeras tentativas por importar a París las "humaniores litterae". En 1470, un maestro de la Facultad de Teología, Guillaume Fichet, había recibido la autorización para instalar, en el propio recinto del viejo colegio de la Sorbona del cual era bibliotecario, un taller tipo-

gráfico, la imprenta más antigua de París; su primer cometido fue el de imprimir manuales de estilo epistolar, antologías de elegancias y tratados de retórica destinados a los estudiantes. Uno de sus discípulos y amigos, Robert Gauguin, empezó a enseñar poesía latina y publicó un tratado de versificación. Virgilio y Lucano fueron objeto de comentario en la universidad por parte de los italianos Fausto Andrelini y Girolamo Balbi. En adelante, entre los regentes de los colegios habría un gran interés por hacer un hueco en sus programas pedagógicos a la elocuencia y la poesía latinas.

Muy pronto el ejemplo de los italianos estimuló a los eruditos franceses a acometer el estudio del griego. Los primeros docentes procedían de Italia, caso de Jorge Hermónimo de Esparta, un griego "más hábil en sacar dinero que en enseñar... más apto para ser cochero que profesor", según declaró Beato Renano. Más tarde, se incorporó a la tarea un auténtico erudito, Janus Lascaris. El primer helenista oriundo de Francia fue un profesor de filosofía del colegio del cardenal Lemoine, Jacques Lefèvre d'Étaples, de sobrenombre Fabri. Había recibido lecciones de Hermónimo, y durante un viaje a Italia conoció

a Pico della Mirandola y Marsilio Ficino, quienes despertaron en él el gusto por la filosofía platónica. De vuelta a Francia, preparó una edición de la *Lógica*, la *Ética* y la *Política* de Aristóteles, cuya interpretación esclareció simplemente apegándose al texto mismo y a su propio conocimiento de la vida antigua, en lugar de comentar a los comentadores que le habían precedido. Alrededor suyo se formó un pequeño grupo de prelados, como Pierre de Courthardy, primer presidente del Parlamento de París, y Guy de Rochefort, canciller de Francia. A este círculo se incorporaría el joven Guillaume Budé, el cual, cediendo a las presiones de su padre, había accedido a ser nombrado secretario real.

2. Las primeras publicaciones de Budé.

Las funciones que asumió en el cargo consistían en la redacción de las cartas de la cancillería, lo cual no le impedía aplicarse a sus estudios, ya que a los secretarios reales no se les exigía estar presentes en su puesto de trabajo de manera permanente. Hacia 1494, Budé empezó a estudiar griego. "Conocí por aquel entonces –escribe– a un viejecito heleno [se refiere a Jorge Hermónimo de Esparta], o más bien fue él quien me en-

contró a mí, pues me costó mis buenos dineros". Por muy malo que fuese como profesor, no había otro al que recurrir en toda Francia. Por suerte, pronto llegaron de Italia los instrumentos de estudio indispensables: diccionarios, gramáticas y ediciones griegas procedentes de la imprenta veneciana de Aldo Manucio.

Cuando Janus Lascaris se instaló durante un tiempo en París, impartió una veintena de lecciones a Budé, confiándole su biblioteca griega. En una época donde los libros en dicha lengua, todos ellos importados de Italia, aún eran muy raros y se vendían a precio de oro, fue un auténtico chollo del cual Budé sacó mucho partido. Empezó por traducir varios opúsculos de Plutarco. En 1502, publicó una versión latina del *De Placitis philosophorum naturalibus* (opiniones de los filósofos griegos sobre filosofía natural), que dedicó a un consejero del Parlamento de París, Germain de Ganay. A esta obra le siguió en 1505 la traducción de otros tres tratados de Plutarco: *De tranquillitate et securitate animi* (acompañado de una carta de San Basilio, *De vita per solitudine transigenda*), *De Fortuna romanorum y De Fortuna vel virtute Alexandri.* Esta última traducción la realizó Budé durante

un viaje que realizó a Italia, como agregado de una embajada francesa, y la dedicó al papa Julio II.

Estos fueron los primeros pasos de Budé en el helenismo. Sus traducciones, como todas las de la época, son bastante libres, en ocasiones auténticas paráfrasis. Sin embargo, atrajeron la atención de los eruditos. Lefèvre d'Étaples, por ejemplo, le dedicó una de sus obras sobre Aristóteles, saludándole como gran helenista.

3. Budé, jurista humanista.

Por esa misma época, el conocimiento de las letras griegas recibió en Francia un impulso considerable de la mano de la colaboración, en 1507, del profesor François Tissard con la librería de Gilles de Gourmont, por la cual este imprimía los textos griegos que aquel comentaba de manera pública. Poco después, Girolamo Aleandro se instalaba en París para impartir lecciones de griego. Budé se encargó de captar alumnos para sus clases.

Sin embargo, el helenismo no absorbía por completo todos los esfuerzos de Budé, que se intere-

só por las matemáticas y la mística de los números, doctrina singular que contaba con algunos adeptos en Francia. También asistió a escuchar las lecciones sobre Vitruvio de Fra Giocondo, un arquitecto al que Carlos VIII había invitado junto con otros representantes de la civilización italiana: perfumistas, adiestradores de loros, etc. No es que Budé desease ver desarrollarse en su país el gusto por las construcciones: de hecho, se quejaba de que el cardenal de Amboise y grandes señores dilapidasen en ellas grandes cantidades de dinero que podrían haber sido mejor empleadas en sostener a escritores y eruditos. Sin embargo, Fra Giocondo daba a conocer los órdenes de la arquitectura antigua, los capiteles, las columnas, los frontones, es decir, todos los elementos de las construcciones grecolatinas que Philibert Delorme iba a adaptar al gusto francés a continuación, y nada de lo que era antiguo dejaba indiferente a Budé.

Ninguna dificultad, ningún obstáculo, ninguna distracción conseguía apaciguar el ardor con que se consagraba a sus trabajos eruditos: ni su matrimonio en 1506, ni el nacimiento de siete hijos en diez años (por el contrario, sus gritos parecían divertirle), ni siquiera las espantosas migra-

ñas que los médicos combatían con punciones incandescentes en la coronilla. Sin embargo, confiesa que personas estimables le recriminaban estar echando a perder sus facultades entre los muros de su casa; la publicación en 1508 de un grueso tratado latino, las *Anotaciones a los primeros veinticuatro libros de las Pandectas*, fue su respuesta a estos reproches. Redactado en pocos meses, el libro fue el fruto de una larga preparación. Ya sabemos que las ciencias jurídicas habían ocupado los primeros años universitarios de Budé. Tras decir adiós a una vida disipada, retomó sus estudios de derecho de un modo original, leyendo el texto de las *Pandectas*, un libro fundamental en dicho campo: se trata de la primera parte del *Digesto*, es decir, una recopilación de sentencias y pasajes reunidos por Triboniano por orden del emperador Justiniano en el siglo VI, que había sido comentado en universidades francesas e italianas desde el siglo XIII. Los comentarios de los doctores habían sido publicados en los márgenes del propio texto, al que rodeaban a modo de bordado. Entre dichos comentadores pocos conocían de manera suficiente la lengua latina e ignoraban la historia romana, de manera que sus interpretaciones nada tenían que ver con el espíritu de la

legislación antigua. El más célebre de todos ellos, Francesco Accursio, había enseñado en Bolonia y Florencia durante la segunda mitad del siglo XIII. Su autoridad permanecía desde entonces fuera de toda duda, pero fue puesta en la picota por los humanistas. Lorenzo Valla denunció en sus *Elegancias de la lengua latina* su falta de conocimiento de la historia antigua, ridiculizó sus comentarios y le acusó de bárbaro.

Por su parte, Budé se esmeró en confrontar la glosa de Accursio y sus seguidores con el texto de las *Pandectas*, y su juicio fue el que más tarde plasmaría Rabelais en el capítulo V de *Pantagruel*: "No hay en el mundo libros tan bellos, tan adornados, tan elegantes como los textos de las *Pandectas*. Pero el bordado, es decir, la glosa de Accursio, es tan sucia, tan infame e infecta, que sólo es porquería y villanía".

Lo que encontramos en las *Anotaciones* de Budé es algo muy distinto a los comentarios tradicionales hasta la fecha. Se trata de la promera obra estrictamente filológica escrita en Francia, y como tal se erige en un auténtico modelo de crítica filológica. Ante todo, Budé se esforzó en establecer el texto de las *Pandectas* corrigiendo las

erratas y completando las lagunas existentes a partir de la comparación de varios manuscritos que había podido consultar tanto en Italia como en París, en la célebre biblioteca de la Abadía de San Víctor. En ocasiones, conjecturas afortunadas le habían permitido sacar a la luz, a pesar de las mutilaciones que había padecido, el texto auténtico. A continuación, se dedicó a explicar aquellos términos que los glosadores había interpretado de manera incorrecta. Budé sentía predilección por el trabajo lexicográfico, como puede constatarse en sus cuadernos de borradores (*adversaria*): están llenos de notas acerca del sentido de las metáforas o de términos raros que había encontrado durante su lectura de obras técnicas de Celso o de Plinio, por ejemplo. Asimismo, a partir de la consulta de las obras de los oradores y los historiadores romanos, pudo captar el significado de ciertos conceptos jurídicos de las *Pandectas* que los glosadores no habían entendido, explicándolos de manera metódica y diligente mediante la cita de autoridades, sin ahorrarse algunas digresiones pedagógicas acerca de la vida antigua. Las *Anotaciones* aportan una gran cantidad de nociones novedosas acerca del teatro, los juegos, el mobiliario, la arboricultura, etc, atestiguando la devoción de Budé

por las humanidades, su admiración por la elocuencia antigua y su desprecio por la jerigonza bárbara de los glosadores, motivada por su ignorancia de las letras.

Los ataques contra Accursio salpicaban, como es natural, a la mayoría de los juristas contemporáneos de Budé, por lo que hubo protestas contra el libro, y no sólo procedentes del sector del derecho, sino del ámbito de la intelectualidad en general. El alemán Ulrich Zazio, al que Erasmo calificó de restaurador de la jurisprudencia en su país, juzgaba excesivos los juicios de Budé acerca de Accursio; el italiano Alciato, que enseñaba derecho en Bourges, y a pesar de adscribirse al humanismo, se quejaba de que había menospreciado los méritos de los glosadores. En las facultades de derecho, que por lo general desdeñaban la filología, la elocuencia y el buen latín, se preguntaban cómo se podían comparar las vanas elegancias que defendía Budé con la ciencia práctica de los juristas. La opinión de los partidarios de Accursio fue compartida por los eruditos que, en su mayor parte, no percibían en el derecho más que una ciencia lucrativa, "dineraria", como dijo Ronsard. Étienne Pasquier, que había estudiado en Bolonia, consigna que los

estudiantes despreciaban a Alciato por perder el tiempo estudiando humanidades.

A pesar de la campaña emprendida por Budé, los glosadores continuaron disfrutando de su crédito hasta que Rabelais, en 1533, formuló contra ellos, en el capítulo X de *Pantagruel*, una cascada de invectivas y reproches tomados en préstamo de las *Anotaciones*.

> Porque ciertamente no sabían ni el latín ni el griego y solamente las lenguas gótica y bárbara. Las leyes están tomadas primeramente del griego, como atestigua Ulpiano en *I. posteriori De org. juris*, y están llenas de sentencias y palabras griegas. Después se redactaron en el idioma latino más florido y elegante que darse pueda. Sin exceptuar a Salustio, ni a Varrón, ni a Cicerón, ni a Séneca, ni a T. Livio, ni a Quintiliano. ¿Cómo, pues, iban a entender el texto de las leyes estos viejos amodorrados, si nunca vieron un buen libro en lengua latina, como se aprecia muy bien por su estilo, que más parece de deshollinador o de cocinero y miserable marmitón que de jurisconsulto? Además, si las leyes dimanan de la filosofía natural y de la ética, ¿cómo, ¡vive Dios!, podrán entenderla estos locos que han estudiado

> menos filosofía que mi mula? Están tan cargados de letras, historia y conocimiento de la antigüedad como lo está de plumas un sapo. Pero algún día demostraré por escrito que no se puede entender el derecho sin esta cultura.

4. Un libro de investigación científica: *De asse*.

Que el humanismo era algo distinto a la vana elegancia de la forma y que los métodos filológicos, por el contrario, constituían una auténtica disciplina científica, da fe el *De asse*, una obra consagrada al estudio de las monedas y las medidas de capacidad en los antiguos, publicada por Budé en 1515.

Se trata de un libro de lectura penosa, denso, desordenado, en ocasiones mal redactado y excesivamente ornado de metáforas. Digresiones políticas, consideraciones religiosas, una comparación de la nación francesa con la italiana, invectivas contra los ministros de Luis XII, una sátira acerca de las ambiciones de Saint-Siège, quejas acerca de la miseria del pueblo y otros materiales distraen al lector del itinerario principal que sigue el autor, e incluso llegan a provocar cierto fastidio. Pero en este revoltijo, el estu-

dio monetario atestigua las cualidades propias del auténtico erudito: metodo aplicado con rigor, sentido crítico, gusto por la experimentación y paciencia para las verificaciones.

El valor de las monedas antiguas era un problema que había preocupado durante generaciones a los eruditos, que se limitaban a consignar sus hipótesis y comentarios sin poder avalarlos de manera fehaciente. Budé fue el pionero en dedicarle un estudio monográfico a esta materia: se trataba de una empresa totalmente inédita. La primera tarea que se vio obligado a abordar fue determinar el sentido exacto de los distintos nombres de monedas y medidas entre los antiguos. Textos no faltaban para ello, sin duda. Por ejemplo, Plinio el Viejo es pródigo en informaciones de esta índole. Por desgracia, incurre en frecuentes contradicciones, tanto con otras fuentes como consigo mismo. ¿Qué hacer, entonces? Primero, establecer el texto de Plinio y, para ello, Budé procede a colacionar tres manuscritos. A continuación, debe asumir la responsabilidad de rechazar ciertas declaraciones absurdas y contradictorias que encuentra en sus fuentes, examinando aquellas que le despertaban recelos: "Ego vero antiquos quoque illos homines un nos

fuisse puto et aliqua etiam scripsisse quae parum intelligerent".

Una vez definido el "as", el "sestertius" y descubierto el auténtico significado del término "sestertium" precedido de un número distributivo, Budé trata de establecer la relación entre las monedas antiguas y las francesas. Para ello utiliza una balanza muy sensible, pesa piezas de plata auténticas y compara su peso con el del patrón monetario francés: el marco de plata. Los cálculos, al parecer, no eran correctos, pero el método utilizado sí.

A continuación, trata de traducir a los valores franceses de su época las sumas mencionadas en los textos antiguos. Por ejemplo, ¿cuál sería el precio en moneda francesa de la perla de Cleopatra, cuyo valor Plinio aporta en moneda romana? A Budé le parece que el precio resulta extravagante, por lo que consulta con dos joyeros antes de admitir tanto el dato proporcionado por Plinio como el obtenido mediante sus propios cálculos. Para la determinación de la moneda de oro y su relación con la de plata procede como había hecho con esta última, y aporta las fuentes que confirman sus estimaciones.

El quinto y último libro de la obra está dedicado a las medidas de capacidad: ánfora, metreta, etc. Para determinar el rendimiento de la harina al hacer pan, Budé no duda en consultar a su panadero (prometiéndole no revelar su secreto profesional) y contrastar sus informaciones con las que le proporcionan en la municipalidad. No se da por satisfecho en sus investigaciones hasta que logra trasponer a la realidad de la vida cotidiana los pesos, las medidas y las monedas que localiza en las fuentes antiguas. Así, quiere precisar el precio que costó el caballo Bucéfalo y saber cuánto pagó Marco Antonio por la cabeza de Cicerón. Calcula cuánto llegaron a ingerir los grandes bebedores de la Antigüedad, comparándolo con las dieciséis botellas que consumían los lansquenetes alemanes en cada comida. ¿Frivolidades de erudito? No. Más bien intentos múltiples y diversos por penetrar el misterio de los fenómenos económicos que tan poca relevancia encuentran en la historiografía antigua, plagada de batallas y de política. “En este filólogo había un economista”, dijo de él Brunetière.

Transcurridos cuatro siglos, los resultados de las investigaciones de Budé acerca de las monedas y las medidas de capacidad de los antiguos ha

experimentado bastantes revisiones. Sin embargo, ello no le ha hecho perder su condición de pionero en este campo. El éxito e influencia del *De asse* fueron inmediatos y muy considerables. Puede decirse sin exagerar que todos los eruditos de la primera mitad del siglo XVI recurrieron a él en algún momento. Por ejemplo, no es posible citar o comentar a Plinio el Viejo sin tener en cuenta las correcciones planteadas por el *De asse* al texto de la *Historia natural*. En medicina y farmacia, las recetas transmitidas por los tratados antiguos incluían referencias a pesos y medidas: la precisión de sus equivalentes actuales fue posible gracias a los datos recogidos en esa obra. Todos los humanistas franceses celebraron el mérito del libro; en otros países, supuso la consolidación del prestigio de Budé como filólogo, dotando a Francia de un sabio comparable al ilustre Erasmo.

5. Budé, celador de la filología.

Budé puso todo el prestigio que había adquirido con sus publicaciones eruditas al servicio del humanismo. Su correspondencia entre los años 1516 y 1522, que publicó parcialmente en varias ediciones (datadas en 1520, 1522 y 1531), nos da una idea de la actividad que desplegó para despertar o mantener el gusto por los estudios antiguos entre sus contemporáneos. La mayor parte de las 160 epístolas contenidas en estos cinco libros (cuatro de ellos, en torno a las letras latinas y uno a las griegas) están dirigidas a otros eruditos, tanto franceses como extranjeros. Entre sus corresponsales hay juristas como Alciato, Zazius, Chansonnette y Amerbach, y humanistas como Erasmo, Bembo, Sadoleto, Vives, Lascaris, Longolio o Dolet, entre otros muchos. Sus relaciones en Inglaterra fueron con el canciller Tomás Moro, el diplomático Richard Pace, el médico Thomas Linacre y el matemático Cuthbert Tunstall. Si algún espíritu podía sentir curiosidad por las letras antiguas en algún convento o pueblecillo, Budé se apresuraba a animarle y acudir en su ayuda. Tan pronto recomendaba al cardenal de Armagnac al joven Pierre Gilles, que se convertiría en el "padre de

la zoología" en Francia, como consolaba a dos monjes amonestados por haber empezado a estudiar griego: Pierre Amy y François Rabelais. ¡Qué ultraje a las musas –exclama, al enterarse de que les habían requisado sus libros en lengua helena– no poder castigar a esos teólogos ignorantes que tachan de impiedad el aprender griego!".

La hostilidad de los teólogos, en efecto, constituía un obstáculo para la "restauración de las buenas letras". La Facultad de Teología de París, la Sorbona, contemplaba con recelo los progresos del humanismo, que restringían sus dominios, minaban su autoridad y, sobre todo, desarrollaban el espíritu de libre examen mediante el uso de métodos propios. Por otro lado, constataba las relaciones entre las tesis que Lutero había pegado en 1517 en la puerta de la iglesia de Wittenberg y las ideas religiosas a las que el estudio filológico de las Sagradas Escrituras había conducido a un humanista como Jacques Lefèvre d'Étaples, por ejemplo. Tenía razones para alarmarse, y su reacción fue tan brutal que la causa del humanismo se vio amenazada. Budé dedicó palabras reconfortantes a los espíritus inquietos por el futuro, afirmando su fe en el triun-

fo final de las buenas letras. Odiadas por los teólogos, también eran despreciadas por los grandes señores. Budé sufría por ello. Le resultaba intolerable que no se valorasen unos estudios que tanta gloria le habían reportado a Italia. Se acusaba a sí mismo el haber optado por una vida retirada –a la que había dedicado un pequeño tratado escrito en 1520, *De comtemptu rerum fortuitarum*, ensalzando los estudios solitarios– que le impedía influir sobre los cortesanos y las gentes de mundo. Decidió entonces abandonar la paz de su gabinete para irse a vivir a la corte y demostrar que un filólogo erudito también podía ser un hombre de acción. Para darse a conocer ante el rey Francisco I, compuso para él un pequeño ramillete de apotegmas –la única obra que escribió en francés, ya que el monarca ignoraba el latín– donde, basándose en Plutarco, se hacía eco de "los dichos y los hechos de personajes de la Antigüedad" dignos de inspirar al soberano en el amor la gloria, la liberalidad y el respeto por las letras. En su dedicatoria, le exhortaba a aspirar a merecer el nombre de "rey musageta".

Poco tiempo después Francisco I le nombró custodio de su biblioteca, que había hecho trasladar de Blois a Fontainebleau, y más tarde maestro

de consultas ordinario de palacio. No se trataba de un cargo ocioso: de los ocho maestros de consultas, dos de ellos debían seguir al rey en todos sus desplazamientos. Comoquiera que, por su carácter, Francisco I era propenso a viajar, sin decidirse a fijarse en ningún lugar, Budé se vio obligado a deambular por toda Francia, a veces durante meses, lejos de sus libros y sus estudios. Había querido ver la corte y pronto empezó a añorar su querida filología. Por lo menos, podía aprovechar su cercanía al rey y recomendarle lecturas y autores.

Su obra *De philologia* (1530), un diálogo imaginario entre Francisco I y él, constituye una apología del humanismo en la que retoma y desarrolla los argumentos expuestos de manera recurrente por el autor en sus escritos, especialmente en *De studio litterarum recta ac commode instituendo* (1527), en sus cartas y, posiblemente, durante sus coloquios con el monarca. En esta obra, Budé afirma que la filología no es sólo "el amor por las buenas letras y la inclinación hacia el estudio", como señalaba en su dedicatoria de los *Apotegmas*, ni siquiera una mera disciplina erudita, sino que la sabiduría antigua es percibida como un instrumento de cultura gene-

ral, adecuada para pulir nuestras constumbres (*ad mores humanitate condiendos et perpoliendos*), para civilizarnos. Por esta perspectiva acerca del valor moral y social del humanismo, que coincide con la de Erasmo, Budé ha sido considerado, si no el fundador, como se ha dicho, sí al menos el precursor de los estudios clásicos en Francia.

6. Fundación del Colegio de Francia.

Francisco I, el rey caballero, espíritu brillante, ligero, incluso frívolo, pero también ávido de renombre para sí mismo y para su patria, ansiaba que la supremacía del poder de la cual se enorgullecía Italia pasase a manos de Francia. Por lo demás, poseía una inteligencia curiosa y una aptitud singular para instruirse mediante la conversación con personas cultivadas. Aspiraba a llegar a ser digno del título de Padre de las Letras con el que le habían galardonado los cortesanos italianos. Se dejó convencer por Budé para la causa de las buenas letras, de manera que empezó a apoyar, con una perseverancia digna de elogio, el trabajo de los eruditos, impulsando la traducción de libros clásicos y enriqueciendo su bi-

blioteca (que abrió a los estudiosos) con manuscritos griegos comprados en Italia. A instancias de Budé, también creó un colegio de profesores consagrados a la enseñanza de las lenguas antiguas: griego, hebreo y latín. Esta fue su iniciativa más consistente en cuanto al reconocimiento de las letras.

El nombre de Budé está intimamente unido a esta institución. Desde 1517, Francisco I había compartido con su entorno el deseo de establecer en Francia un seminario de sabios. Guillaume Petit, confesor del rey, le reveló esta idea a Budé cuando se lo encontró en una librería, encomendándole que le propusiese a Erasmo el cargo de director de dicha institución. El roterdamés se sintió halagado por la propuesta pero dudaba si aceptar, pues le supondría interrumpir sus propios estudios y exponerse a la animadversión de la Sorbona, que ya se había mostrado hostil hacia él anteriormente. Tras dos años de idas y venidas, acabó rehusando. Tal vez había razones adicionales que le impedían confiar plenamente en el rey. Parece bastante evidente que Francisco I carecía de una idea precisa sobre la naturaleza de una institución semejante. De hecho barajó varios proyectos: vacilaba entre crear

un colegio trilingüe (hebraico, griego y latino), como el que acababa de fundar Francisco de Busleiden en Lovaina, o una escuela para formar a profesores de griego reclutados en Creta, Constantinopla o Venecia, a imitación del que había organizado Lascaris en Roma a instancias de León X.

Las dificultades de la política interior, las guerras, el desastre de Pavía y el cautiverio que sufrió apartaron su espíritu de un proyecto en el cual los humanistas franceses habían depositado grandes esperanzas. Sin embargo, Budé no renunció al sueño de verlo un día realizado. Con obstinación e ingenio, luchó contra la volubilidad del rey. Conocemos la crónica de sus esfuerzos a través de sus cartas. No le importó ser la diana de las burlas de los cortesanos siempre que lograba atraer de nuevo la atención real. En 1529, en el prefacio a sus *Comentarios a la lengua griega*, recordó solemnemente al monarca los compromisos que había contraído y le conminaba a cumplirlos.

En 1530, Francisco I respondió por fin a la reclamación de Budé, instituyendo la figura de los "lectores reales": designó a Pierre Danés y a

Jacques Toussaint para enseñar griego; a François Vatable y a Agathias Guidacerius, hebreo; a Oronce Finé matemáticas y, dos años después, a Barthélemy Masson (Latomus) latín. Estos lectores constituían una pequeña corporación cuyos derechos y privilegios fueron confiados a la guardia de la armada real. Recibió el nombre de "Collège des lecteurs royaux" (Colegio de lectores reales), aunque en el siglo XVII cambió su denominación a "Collège royal de France" y con la Revolución, "Collège de France".

Francisco I había cumplido su palabra a un coste reducido, quedando muy lejos del grandioso "Museo" que había prometido a los humanistas. La organización material era inexistente. Los lectores reales no disponían ni siquiera de aulas, viéndose obligados a solicitar la hospitalidad de los colegios de Cambrai y de Tréguier. Aparte, a causa del caos de las finanzas reales, con frecuencia eran pagados con unos retrasos tales, que un día Danès decidió suspender sus clases en señal de protesta por las 450 libras que se le debían.

Estas dificultades no impidieron el éxito de los primeros maestros, logrando concitar un nutrido

auditorio en torno a sus cátedras. Poetas y eruditos celebraron la apertura de "esta noble y trilingüe academia", como afirmó Marot. En efecto, esta institución supuso un triunfo para la causa del humanismo, consagrando la soberanía de las bellas letras que, por fin, serían estudiadas por ellas mismas. Por otro lado, aseguraba la independencia de la enseñanza de las lenguas antiguas (latín, griego, hebreo) al margen de la tutela de los teólogos, ya que los lectores reales estaban desvinculados por completo de la Universidad de París. En cualquier caso, en la fundación del Colegio de Francia, Guillaume Budé tuvo un papel decisivo.

7. Los *Comentarios sobre la lengua griega*.

Esta obra, publicada en 1529 (y de la cual apareció en 1548 una segunda edición, impresa por Robert Estienne y célebre por su tipografía), es una recopilación de observaciones lexicográficas destinadas a los jóvenes deseosos de aprender griego. Este inmenso trabajo, con más de siete mil artículos griegos y quinientas notas sobre la lengua latina de carácter complementario, merecía una organización más elaborada, ya que no tenía ninguna estructura, división o clasi-

ficación de los vocablos y expresiones estudiadas: se trata de notas y reflexiones que Budé redactó a instancias de Erasmo, quien había tenido la idea de abordarla pero que al final había abandonado. A pesar de su naturaleza caótica, este tesoro de la lengua griega sirvió de referencia para los editores de obras clásicas y lexicógrafos durante mucho tiempo. Henri Estienne lo utilizó con profusión para su propio *Thesaurus*.

8. Los últimos años.

Los años 1527-1531 supusieron los más fértiles para Budé. A sus obligaciones como maestro de consultas se añadieron, en 1530, las de preboste de los comerciantes de la ciudad de París, todo lo cual no le impedió preparar y publicar las tres obras de las que acabamos de hablar: *De studio litterarum*, los *Comentarios* y *Sobre la filología*. Pronto se vio obligado a administrar sus fuerzas, tanto a causa de su salud como por motivos económicos: había invertido una gran cantidad de dinero en la construcción de su casa de la calle Saint-Martin y de sus cortijos de Saint-Maur y Marly. Adoraba retirarse a estos santuarios rústi-

cos para trabajar con sus propias manos, cavando en su jardín, cortando leña y podando viñas.

A medida que envejecía, los estudios de filosofía y de teología fueron acaparando su interés. En 1534 ultimó un libro cuyo título, *El tránsito del helenismo al cristianismo*, plasma perfectamente esta evolución de su espíritu, marginando las ciencias profanas en beneficio de las religiosas, a las cuales considera como la culminación de la filología ya que franquean el acceso a las verdades eternas, las cuales estás todas ellas contenidas en la doctrina de Cristo.

Budé nunca había dejado de ser católico. Ni la solidaridad que unía a todos los humanistas contra la Sorbona ni sus relaciones con los promotores de la Reforma en Francia, así como tampoco el escándalo que provocaba la vida disipada de algunos prelados ni su disgusto ante la ignorancia de los monjes, habían logrado que se alejase de la ortodoxia.

Murió en 1540, tras recibir, según había pedido en su testamento, los sacramentos instituidos por la Iglesia. Quiso que se le enterrara en la iglesia

de San Nicolás, de noche, "sin público, iluminado sólo por dos antorchas", sin campanas.

Toda la Francia erudita y letrada se sintió conmovida por la muerte de uno de sus eruditos más ilustres. Lo cierto es que el estudio nunca le había absorbido hasta el punto de aislarse de sus conciudadanos. En el silencio de su gabinete, vivía con los antiguos, pero ello no le impedía interesarse por la vida de su país. Ya hemos visto cómo su deseo de dotar a Francia de una gloria imperecedera en el ámbito de las letras inspiró sus súplicas en favor de la filología. Todo humanista reconoce en él a un patrono que no escatimaba ni tiempo ni esfuerzo siempre que fuese en beneficio de las buenas letras.

Una conciencia escrupulosa en el cumplimiento de sus deberes de estado (murió de unas fiebres contraídas durante un viaje oficial del cual no creyó poder escabullirse), unas costumbres intachables y una integridad absoluta le granjearon el respeto de todos aquellos que le conocían. Ningún hombre de su época habría podido representar con mayor dignidad la filología en la corte francesa.

Apegado a la Iglesia, no dudó en levantar la voz para denunciar los abusos de los que era objeto. Ninguno de sus amigos que se decantaron por la herejía, o se adhirieron a ella, perdió nunca la confianza en él. La probidad era, en su caso, tan grande como su ciencia. En su mansión hizo inscribir, a modo de divisa, estos dos versos de Juvenal:

> Summum crede nefas animan praeferre pudori
> Et propter vitam vivendi perdere causas.

(«Considera el mayor crimen preferir la supervivencia al decoro y, por salvar la vida, perder las razones para vivir»).

9. Guillaume Budé y el humanismo francés.

Las obras de Budé ya no son leídas en nuestra época, salvo por los eruditos que tratan de explicarse las razones de su fortuna durante el Renacimiento francés. Hay quien cree que Budé está pagando el precio de haber escrito en latín, y en ocasiones en griego. A decir verdad, sus obras no habrían sufrido dicho destino si su latín hubiese tenido la calidad del de Erasmo, la soltura de los *Coloquios* o el espíritu que brilla en el

Elogio de la locura. Por el contrario, el estilo latino de Budé es penoso, sobrecargado por metáforas extravagantes, desarrollos prolijos y a menudo pedantes. Sus letras griegas tampoco son demasiado lucidas. En cuanto al francés, lo utilizó una sola vez, y sin demasiado talento, en los *Apotegmas* que dedicó a un lector ignorante del latín, Francisco I. Budé despreciaba "la lengua vulgar", como por lo demás la mayoría de los eruditos de su generación. En *De studio litterarum* declara que el francés no posee la nobleza suficiente como para ser una lengua apta para la filología, la poesía, la elocuencia, en definitiva, las buenas letras. Fue una lástima que Budé, tan ambicioso de gloria literaria para Francia, no animase a los jóvenes a que "se atrevan a abandonar la lengua de los antiguos para honrar la de su país", como sí hizo Ronsard.

El desdén por la composición es otro de los defectos de Budé, aunque hay que admitir que se trata de una característica propia de los escritores del Renacimiento francés. No fue hasta el siglo XVII cuando se reinvidicará una buena organización de las ideas. Esta ausencia de plan sorprende en un erudito que admiraba a los clásicos por su elocuencia. Este defecto perjudica

especialmente a sus obras científicas, que tienen una extensión considerable.

Por último, sus libros de investigación, originales en su época, han acabado padeciendo la suerte de casi todas las obras científicas: aquellos contenidos más sólidos forman parte del acervo común, mientras que el resto no ha resistido el examen de las generaciones de eruditos y ya no tiene interés.

Si bien es cierto que hay buenas razones para que la obra de Budé ya no sea leída en nuestros días, no lo es menos que ejerció una influencia considerable. Teodoro de Beza incluyó una efigie de Budé en su libro de retratos (*Icones*) como homenaje a su contribución al conocimiento del griego en su país. Hoy en día, Budé sigue siendo considerado como el modelo de los filólogos. Fue el primero en comprender y demostrar la importancia de la tradición manuscrita para la exégesis de los libros antiguos. Ningún humanista italiano anterior a él aplicó un método tan riguroso a la hora de establecer los textos publicados o comentados. Sus observaciones sobre las *Pandectas*, por ejemplo, muestran un ingente trabajo previo de recensión de las fuentes ma-

nuscritas, aunque reconoce no haber tenido el tiempo suficiente para examinar con detenimiento el arquetipo florentino; en esas condiciones, afirma, tuvo que confiar más en su intuición para completar ciertas lagunas que en conjeturas bien fundamentadas. Por el contrario, la solución de ciertas dificultades le parecía un juego para quien tuviera los medios para remitirse a los manucritos más antiguos y a los arquetipos. Por ello, Budé creía en la utilidad, incluso en la necesidad de la crítica verbal como estudio preliminar de los textos antiguos.

Por lo demás, demostró en la práctica cómo deben confrontarse entre ellos los textos de las obras antiguas. Su crítica de Plinio el Viejo, en el *De asse*, resulta muy instructiva en este sentido, pues en ella percibimos su sentido crítico siempre alerta. Contrasta las afirmaciones de los clásicos con la experiencia o las informaciones proporcionadas por "es-pecialistas cualificados", como un panadero o un joyero. No se deja intimidar por la antigüedad de un testimonio y preserva en todo momento su libertad de espíritu. De este modo, orientó al humanismo francés por el camino de la ciencia, del conocimiento metódico de las materias.

Dirigió la curiosidad del humanista hacia las realidades de la vida social. Las humanidades, afirma en *De philologia*, implican y enlazan en su corazón a todas las disciplinas y a la ciencia enciclopédica (*doctrinam orbicularem*). Representan la flor de la sabiduría antigua: especulaciones de historiadores políticos, observaciones de moralistas, sistemas de filósofos... Ese es su valor primordial.

Hacia el final de su vida, Budé, tratando de hermanar el mundo moderno y el antiguo, erigió el cristianismo como culminación de la filosofía pagana. Incluso entonces evitó negarles sus virtudes benefactoras. Nunca dejó de creer que las humanidades deben ser estudiadas sobre todo porque pulen y dulcifican las costumbres, pues son capaces, si no de moralizar, al menos de civilizar a los hombres, de hacerlos más nobles y más felices.

BY NC ND